

# EL COMERCIO.

Año XXXIII.

Sábado 27 de Febrero de 1875.

Núm. 11 203

CADIZ 27 DE FEBRERO DE 1875.

Decididamente *La Prensa Gaditana* ha perdido la memoria. Solo así nos explicamos su afirmación de que los hombres del partido moderado han venido clamando durante seis años, por una reacción completa que hiciese volver las cosas al ser y estado en que se hallaban el 18 de Septiembre de 1868, para retraerse ahora de todos sus propósitos y aceptar una política que no es la suya, que no es por lo menos la que antes han defendido.

Nada de esto es verdad; desde la abdicación de la Reina hasta la fecha, el partido moderado, por medio de todos sus órganos, ha recomendado constantemente la política misma de atracción y de buena inteligencia entre los elementos monárquicos, que sigue hoy el ministerio del Sr. Cánovas del Castillo. Cuando hemos dicho nosotros, cuando han dicho nuestros amigos, que la restauración de la monarquía constitucional y de la dinastía legítima debiera ser la señal de un cambio radical y violento en la manera de ser de la España de nuestros días, de modo que viniese a tierra súbitamente toda la obra de la revolución, sin quedar de ella en pie cosa alguna?

Precisamente hemos dicho todo lo contrario y nadie lo sabe mejor que *La Prensa*, pues, hemos sostenido muchas polémicas con nuestro colega para desmentir sus pavorosos augurios y demostrar que la restauración no era, y no sería de seguro, como el colega afirmaba, el retroceso, la venganza, el odio a todo progreso justo y a toda libertad prudente, sino la tolerancia, la concordia, el olvido de luchas lamentables, la proscripción, en una palabra, de todo exclusivismo de partido.

Sin ir más lejos, en EL COMERCIO del día 8 de Octubre del año último decíamos a *La Prensa*:

«Entre la reacción y la revolución hay ahora como ha habido antes, principios incompatibles con la una y con la otra, pero compatibles por eso mismo con las naturales exigencias de la época en que vivimos, principios que dan satisfacción cumplida a los sentimientos católicos y monárquicos del país, tanto como a ese deseo de libertad y progreso que han engendrado en la sociedad española las revoluciones modernas.»

Estos son los principios que nosotros proclamamos, con la patriótica aspiración de sacar de ellos una bandera de paz y de concordia, ante la cual no tengamos razón de ser el carlismo, como la tiene desgraciadamente ante la bandera revolucionaria.»

Y en el número del día 10 del mismo mes añadíamos:

«Cansados estamos de decir a *La Prensa* que nosotros no pedimos el restablecimiento de la monarquía hereditaria, de la monarquía constitucional de D. Alfonso, en nombre ni en interés de un partido. Queremos la monarquía como poder moderador de todos los partidos, para que esté encima de ellos y no debajo de ninguno, para que pueda, en virtud de su derecho propio, y con arreglo a la constitución y a las leyes, utilizarse alternativamente en el gobierno del país, a medida que así lo exijan ó lo permitan los cambios de la opinión y las condiciones que ellos mismos ofrezcan por su propia, por sus tendencias, por sus propósitos, por la índole de sus doctrinas, según se acomoden estas más ó menos a las necesidades de los tiempos y al progreso pacífico de las ideas.»

«Es reaccionaria la monarquía, de este modo entendida? Pues entonces

reaccionarias son todas las monarquías constitucionales, porque nosotros nada nuevo pedimos para España, nada que no esté en perfecta armonía con las instituciones modernas, tales como existen y como funcionan en Inglaterra, en Alemania, en Austria, en Bélgica, en Portugal, y para decirlo de una vez, en todos los países constitucionales, absolutamente en todos.»

Algunos días después, en EL COMERCIO del 17 de Octubre precisábamos más todavía nuestras aspiraciones. Hacíamos ver a *La Prensa* que los mismos gobiernos revolucionarios estaban, apesar suyo, y con gran complacencia nuestra, removiendo los obstáculos que se habían opuesto al triunfo de nuestra causa y a propósito de esto decíamos:

«Dada esta tendencia de la política del día, lo natural y lo lógico es que el alfonsismo venga, pero que no venga traído por nosotros los hombres del partido moderado; que venga en virtud de esta serie de transiciones que sucesivamente van teniendo lugar, y en las cuales nuestros mismos adversarios lo hacen todo, sin que a nosotros los cumplamos desempeñar otro papel que el de meros auxiliares suyos.»

Natural y lógico es también que cuando el alfonsismo triunfe como triunfará al fin, si no volvemos a la república, y con la república, al cantonalismo y a la anarquía, heredem el poder los hombres que mas en contacto se hallan con la situación actual, y que mas suavemente, por tanto, puedan hacer la transición entre lo que se va y lo que viene, entre la revolución y el orden, entre la fuerza y el derecho.

Nosotros que hemos apoyado a Salmerón y a Castelar, y a Serrano, y a Zavala, y a Sagasta en sus propósitos encaminados al restablecimiento del orden, ¿no apoyáramos con doble motivo a un gobierno franco y declaradamente alfonsista que nos acercase más aún al ideal de nuestras aspiraciones, aunque ese gobierno no perteneciese, como no pertenecería al partido moderado?

Persuádase, pues, *La Prensa* de que no es un interés de partido lo que defendemos hoy. Se trata de salvar a España en la crisis terrible porque está pasando nuestra patria, y para esa obra magna y de trascendental importancia es aceptable la cooperación de todos los partidos, que sin venir precisamente a nuestro campo se acerquen a él todo lo que les permitan sus compromisos, sus preocupaciones y hasta ese mal entendido amor propio que muchas veces retrae a los hombres de mas recta intención, de hacer el bien, por temor de que parezca demasiado perceptible su inconsecuencia.»

Ya lo vé *La Prensa*, esto decíamos los moderados antes de la restauración: esto queríamos entonces. ¿No es esto exactísimamente lo que ha sucedido? Si en algo nos hemos equivocado, es en haber creído que vendría con la restauración un ministerio menos conservador que el que hoy tenemos, y la equivocación no puede ser mas plausible para nosotros. ¿Dónde está, pues, nuestra inconsecuencia?

*La Prensa* nos da por muertos en los momentos precisamente en que se realizan nuestras mas halagüeñas esperanzas. ¡Vivir para ver! Y no es esto solo: *La Prensa* esclama con entusiasmo, en vista de lo que está pasando, que la revolución es inmortal, que nos hemos pasado con armas y bagajes al campo revolucionario. Cuestión de palabras! ¿Le place al colega llamar revolución a lo existente? Pues bien venida sea *La Prensa* a este nuevo campo revolucionario. Nosotros cabemos en él muy cómodamente. Si *La Prensa* sabe también, pellizcos a la mar: demosnos las manos y *tutti contenti*.

Segun nos habian escrito de Madrid, los periódicos afectos al gobierno publicaron en la noche del Martes el siguiente artículo, dando noticias interesantes y de origen carlista sobre las últimas operaciones del Norte:

«Nada puede dar idea mas exacta de las verdaderas circunstancias de lo sucedido en Lacar, que el parte detallado suscrito por Mendiri, é inserto en el Cuartel Real del 13 del corriente, que sentimos no poder publicar íntegro por su mucha extensión teniendo que limitarnos a hacerlo de sus párrafos más esenciales, copiados con absoluta exactitud, sin variarlos ni en una coma. Dicen así:

«Treinta batallones al mando de Moriones, rebasaron la línea por Cáreda y San Martín, 30 kilómetros mas a la izquierda de su prolongación, sin que me fuese posible oponerle una seria resistencia.»

«Mi primer pensamiento fué abandonar la línea atrincherada y caer sobre esta columna; pero las malas condiciones en que tenía que dar la batalla, y la consideración de que dejaba casi abandonada y a gran distancia esta ciudad de Estella, en cuya conservación está interesado el honor de nuestras armas, me hizo desistir de esta idea. El enemigo penetró en Pamplona en la tarde del día 2, situándose Moriones, con la mayoría de sus tropas, en la posición estratégica de Tiebas. Este caso, que empeoraba mi situación, pero que no la hacía desesperada, lo tenía previsto, y me obligó a operar un cambio de frente oblicuo, apoyado en la posición del pueblo de Añorbe, y de establecer una segunda línea en la sierra del Perdon, distante dos leguas de la primera, quedando las fuerzas enemigas situadas en esta forma:

«El cuerpo de Moriones, donde dejo hecha mención, otro cuerpo, fuerte de 20.000 hombres, en Tafalla, con una brigada en la posición del Paeyo, y el tercero en Artajona; de quince batallones, formando los tres cuerpos un triángulo equilátero; pero el cuerpo situado en Tafalla vino a acampar, en la tarde del día 1.º, una legua al sur de Artajona, cuyo movimiento no me llamó la atención, suponiendo lo hacia con el objeto de apoyar el de dicha villa.»

«Pero no era aquella la causa, pues por un movimiento rápido, ejecutado durante la noche, vino a situarse en los pueblos de Oteiza, Lorca y Lacar. Desde este momento la situación del ejército real en Puento la Reina y Valle de Izarbe se hizo insostenible y determiné levantar la línea, enviando al comandante general de Navarra con diez batallones a ocupar las posiciones de Estella para poner a cubierto esta plaza, y yo, con el resto del ejército, marché a situarme en Cirauqui y Mañeru.»

«A las once de la mañana del 3 empecé la marcha con doce batallones, por un camino poco menos que intrasitable. A las tres y media de la tarde me hallaba oculto a unos 1.600 metros de Lacar, en donde, conforme iban llegando los batallones, organicé las cuatro columnas de tres cada una, mandadas por los brigadieres Perula, Vallnerca, Cabero, y coronel D. Celedonio Iturralde, que debían verificar el ataque. Con la necesaria anticipación habia dado orden al general Argouz para que reconcentrara los diez batallones puestos a sus órdenes, en el pueblo de Mañeru, a fin de secundar el ataque por la parte del Sur de la población, y a los regimientos de caballería del rey, Cruzados de Castilla y escuadrón de guardias de S. M., que se situaron en la carretera de Ayo, tambien ocultos y lo más próximo al pueblo que se iba a atacar, cuya operación debia tener lugar a las cuatro de la tarde, señalando al comandante de la primera batería de montaña el puesto para el emplazamiento de las ocho piezas de que se compone.»

«A la hora señalada, salieron las cuatro columnas paralelamente y en marcha de hileras de a cuatro.»

«Apercibido el enemigo, se aprestó inmediatamente al combate, instalándose en las casas y en algunas obras de

defensa que habia construido a la entrada del pueblo; mas todo fué en vano, porque los batallones que formaban la cabeza de las columnas, se precipitaron a la carrera sobre el pueblo, apoyados sobre los que ocupaban el segundo lugar en la marcha, quedando los terceros de reserva, según lo habia prevenido.»

«Una media hora duró el combate, quedando completamente atrollado, el enemigo, que al apoyo de las fuerzas que salieron del pueblo de Lorca, debió en parte su salvación.»

«He concurrido a más de 120 hechos de armas en mi larga carrera, y nunca he visto tanta heroicidad como en la batalla de ayer. Es imposible describir los hechos de bravura que tuvieron lugar, porque los regimientos de Asturias y Valencia, que ocupaban el pueblo, eran de los más distinguidos del ejército contrario, lleno de valor y abnegación, ¡lor a los bravos que en uno y otro campo han sucumbido! No es posible que los héroes de la antigüedad pudiesen elevar a tan alto grado el mérito de sus acciones guerreras que nos dejaron consignadas en la historia.»

Como se vé, los carlistas arrojaron cañonales y energicamente 22 batallones escogidos entre lo mejor de sus tropas, dos regimientos de caballería, un escuadrón de su guardia real y toda la artillería que habian podido conducir, sobre cuatro batallones de nuestro ejército, que en el conjunto de la gran operación estratégica que se estaba efectuando, representaban solo un destacamento de vigilancia, los cuales a pesar de haber sido sorprendidos del ataque, resistieron con la heroicidad que el enemigo mismo reconoce, sin que los resultados de esta operación de la que los carlistas esperaban tanto, como lo demuestran lo esmerado y sigiloso de su preparación, traspasaran los límites de los más ordinarios de esos mil accidentes, que tan comunes son en las operaciones de una campaña, y hasta en las acciones más perfectamente meditadas con resultados más ventajosos y decisivos.

Si, que ese accidente de Lacar llegara a disminuir en lo más mínimo el triunfo general del ejército que peleaba a presencia del rey D. Alfonso XII, obteniendo entre otros resultados, cuya trascendencia podrá apreciarse en las operaciones sucesivas, el de dejar a la importantísima plaza de Pamplona, tan codiciada por los carlistas, abastecida libremente, después de ser aprovisionada por el ejército, quedando en nuestro poder las formidables trincheras que con afanosos trabajos de muchos meses habia levantado el enemigo para oponerse a ello ó obligar a que se librara una batalla con todas las ventajas para él, de un campo preciso y según sus propósitos preparados, haciendo de todo ello un verdadero y muy trascendental objeto de la campaña, que en todos conceptos les ha sido contraria de la manera más completa a causa de las admirables combinaciones estratégicas que con no menos valor que inteligencia ha sabido practicar el ejército liberal.

Dice *La Correspondencia*:

«Hemos recibido una comunicación de procedencia autorizadísima refiriendo la noticia que copiamos de la *Epoca* diciendo que otra vez la fortuna se ha opuesto a que la marina preste un servicio importante. Si se hace referencia al desembarco de armas que se dice hicieron los carlistas el 5 en Ondarroa, nuestras fuerzas navales se hallaban auxiliando las operaciones del tercer cuerpo sobre el Orio y Zumaya, donde prestaron utilísimos servicios, saliendo después a cruzar. Es verdad que si tuviéramos más buques y más andadores, se podría hacer más; pero esto no quiere decir que las fuerzas actuales no hagan más de lo que materialmente puede exigirseles.»

**CORRESPONDENCIA.**

MADRID 24 de Febrero.

S. M. el Rey, acompañado del marqués de Alcañices, cuarto militar y





